



EL MUTIS DE

El sábado 17 de octubre, la «Pravda» de Moscú publicaba un largo y sensacional artículo de fondo. «Los proyectos de cabezas alocadas, las conclusiones pueriles y las decisiones apresuradas, las acciones sin relación con la realidad, la jactancia y la fraseología, el autoritarismo y la negativa a tomar en consideración las realizaciones científicas y la experiencia práctica, son cosas extrañas al comunismo. La construcción del comunismo es una empresa viva y creadora. No tolera métodos de dirección desde el fondo de un sillón, ni tampoco las decisiones personales y el desprecio con respecto a la experiencia práctica de las masas.» Faltaba un nombre en el editorial, el nombre de una persona a quien aplicar estas acusaciones, pero los moscovitas no tenían ninguna dificultad en interpretar la clave. «Pravda» estaba escribiendo así el epitafio a la carrera política de Nikita Sergueievich Kruschef. El hombre que durante más de cinco años ha dominado la escena internacional se desvanece ahora en las sombras del otoño moscovita. Se le verá algunas noches en la Ópera, recibirá a sus amigos en su «dacha» familiar, pasará los inviernos en Ucrania: será una sombra más en el cortejo de sombras de Moscú: Bulganin, Malenkov, Molotov. Será un superviviente de sí mismo, como lo son «en el otro mundo» Macmillan o Truman, Mendes-France o Churchill, Adenauer o Clement Attlee. Hombres en cuya mano derecha ha brillado el rayo del poder y a quienes ahora ya no les queda más que un puñado de recuerdos. Sin embargo, Kruschef ha entrado ya en la Historia. Sus aciertos y sus errores, sus actos y sus palabras, han marcado al mundo. Y han definido a su país. Sus sucesores tendrán que contar con su herencia.

Hubo una breve época en la que coincidieron en el mundo tres hombres extraordinarios. Un aldeano de Italia que se llamaba Giuseppe Roncalli, llegaría al Papado con el nombre de Juan XXIII; un joven multimillonario católico de Boston, que sería el Presidente Kennedy; el hijo de unos campesinos de Kalinovka, Nikita Kruschef. Esta extraña, esta rica época histórica haría ver a los hombres que la guerra no es una solución, que la paz puede conseguirse a condición de creer en ella. De los tres destinos, quizá el más amargo sea el de Kruschef, apartado del poder por los suyos, descalificado en el momento en que creía que su obra tenía mayor vigencia. Esta época tan reciente, tan inmediata de la Historia, acaba de ser saldada después de tres días de fiebre.

El martes 13 de octubre, Kruschef se encontraba en Sochi acompañando a la misión francesa que presidía Gaston Palewski, cuando supo inesperadamente que un cierto número de miembros del «presidium» del Comité Central, haciendo uso de un derecho estatutario, habían convocado una reunión de urgencia. Un avión le trasladó a Moscú, donde se celebró la reunión nocturna. Se dice que en esa reunión se tomaron ya las decisiones de forzar a dimitir a Kruschef. El acusador fue Suslov —el gran intelectual del partido, el hombre que ha conducido la guerra ideológica contra los chinos—, que presentó un cierto número de alegatos. Culto a la personalidad, nepotismo —en efecto, Kruschef había hecho de su yerno Ayubéi un poderoso personaje con poderes que no guardaban relación dentro de su modesto lugar dentro del partido—, desprecio de la dirección colegial —y, realmente, Kruschef no reunía con regularidad el «presidium» del Comité Central, y muchas veces sorprendía a sus colegas anunciando públicamente medidas o decisiones de las que los demás no tenían la menor idea—. La reunión del «presidium» fue seguida, al día siguiente, por una reunión plenaria del Comité Central. Esta reunión se prolongó durante muchas horas. No todos los miembros del Comité —que son setenta— pudieron estar presentes. Suslov repitió los cargos: Kruschef tomó su propia defensa. Defensa inútil: las cartas estaban ya echadas. Probablemente, no todos los miembros del Comité Central estaban de acuerdo en la destitución: esta deducción se obtiene del comunicado oficial, en el que sólo se habla de «unanimidad» al referirse al nombramiento de Kosyguin, pero no al citar los otros acuerdos.

El jueves por la mañana no se sabía nada aún de los grandes acontecimientos del Kremlin. Pero un grupo de motoristas oficiales se dispersó por Moscú retirando de las calles y de los centros políticos y administrativos el retrato de Nikita Sergueievich. Unas horas más tarde comenzaban a filtrarse los primeros rumores. En la madrugada llegó el comunicado oficial. A esa hora, en Sinkiang, los científicos chinos estaban ya preparando el detonador de su primera bomba atómica. El Presidente Johnson esperaba las noticias de Moscú al pie del teletipo. En las aguas del Brasil, a bordo del crucero «Colbert», alguien entró en la cámara del Presidente De Gaulle para darle la noticia. El general hizo un comentario en latín: *Sic tran-*



Breznev y Kosyguin unidos en el saludo. Breznev será el nuevo secretario del Comité Central del Partido, y Kosyguin el jefe del Gobierno. Ambos han sido estrechos colaboradores de Kruschef: Breznev en la campaña agrícola y en la de las «Tierras Virgenes»; Kosyguin en los problemas económicos soviéticos.

Por JUAN ALDEBARAN

sit gloria mundi... Y después añadió en francés: Et pourtant la terre continue de tourner.

QUIEN era, realmente, Kruschef? Durante muchos años su personalidad ha desorientado a los expertos «kremolinólogos» —el término es una invención, más bien sardónica, del columnista americano Joseph Alsop; se refiere a los pseudocientíficos de Washington que, armados de una impresionante documentación, de cerebros electrónicos, de fichas perforadas, tratan de prever las reacciones soviéticas, sus movimientos políticos—, que no conseguían meter en ecuaciones esta rica personalidad, este hombre abundante en proverbios, que mezclaba cuentos folklóricos con citas de Marx y Lenin, que pasaba en un segundo de la carcajada a la ira. Sus viajes a los países occidentales —a Estados Unidos, en septiembre de 1959; a Francia, en marzo y en mayo de 1960— eran verdaderos espectáculos de humanidad. Sus frases anecdóticas —y no exentas de valor político en ningún caso— se han hecho famosas. Cuando en Hollywood presenciaba el rodaje de «Can Can» dijo, al ver a las coristas: «Prefiero contemplar la cara y no el trasero de la humanidad». En San Francisco se encontró halagüeñamente recibido por la población americana: lo que vio, le gustó. «Embajador, esto no es lo que me decías en tus despachos», dijo volviéndose a su representante en Washington —en aquel momento, Menchikov—; como el embajador tratase de formular unas explicaciones, Kruschef le respondió entre burlón y áspero: «Calla la boca, embajador». Yo le he visto en una carretera francesa parar el cortejo oficial que le llevaba a visitar al Presidente de la República para tomar el hacha de unos leñadores y mostrarles cómo se deben derribar árboles...

Existe el famoso episodio del zapato en la Asamblea General de las Naciones Unidas. En medio de un discurso que le parecía especialmente tedioso, especialmente hueco, Kruschef se quitó un zapato y co-

SIGUE

KRUSCHEF

menzó a golpear su pupitre. El episodio horrorizó a los diplomáticos de todo el mundo. Pero es curioso que ahora, en el momento de su desaparición de la escena política, en algunos periódicos del mundo afroasiático se ha recordado aquel episodio con emoción. Para ciertos «parias» de la política internacional, la rotura de la vieja farsa diplomática, la negativa a la aceptación de fórmulas estaba representada en esa resolución del zapato.

HAY un episodio en la vida de Kruschef cuyo alcance, cuya repercusión en su propia personalidad aún se ignora. Me refiero a la crisis de Cuba, al momento en que tuvo al borde de los dedos el estallido de la guerra nuclear. Se sabe que en aquellos momentos escribió una carta a Kennedy: se dice que era una carta angustiada, sincera, incluso desgarradora. Es una carta que impresionó profundamente a Kennedy, que se ha referido a ella en varias ocasiones pero que jamás ha revelado su texto (se dice que algunos Jefes de Estado la conocen). En aquel momento, los dos hombres de Estado enemigos, a punto de desencadenar la peor de las guerras el uno contra el otro, se sintieron paradójicamente unidos, rompieron el uno con el otro la soledad del poder y de la responsabilidad. Curioso momento histórico en el que los dos grandes rivales no encuentran más comprensión que la del uno por el otro... Se cuenta —lo cuenta el periodista francés Nicolas Chatelain— que en la Nochebuena del 62 el Presidente Kennedy regaló a sus más íntimos colaboradores una placa de plata donde estaba grabado el calendario de octubre: las fechas del 21 al 28 estaban recuadradas de negro. Las fechas en que Kennedy y Kruschef decidieron dedicar a la consecución de la paz el resto de sus vidas.

ES difícil hacer un balance de la vida política de Kruschef. Ahora, en estos momentos, todo está aún falseado. Se puede pasar fácil y rápidamente sobre sus primeros años: pastor hasta los quince, minero desde entonces —con algunos cursos en la escuela parroquial—; casado en 1915 con una mujer que murió de hambre durante la guerra civil, militante tardío del partido bolchevique, «cuadro» del partido en 1921, vuelto a casar en 1924, discípulo de Kaganovitch, ascendiendo después rápidamente en la jerarquía del partido hasta que en 1935 entra en el Comité Central como primer secretario de la circunscripción de Moscú. Desde entonces su carrera es difícil de seguir: la política deforma la biografía. Estuvo indudablemente muy próximo a Stalin, pero después se ha escrito que siempre repudió a Stalin. Estuvo en la guerra con el rango de general, en Stalingrado. Las últimas biografías oficiales le presentan como un héroe y un estratega trascendental de aquella formidable batalla, la más importante que haya conocido nunca la Historia; pero, ahora, entre las acusaciones que se le formulan, figura la de haber exagerado su participación en la guerra para hacer el culto de su propia personalidad. O, por lo menos, de haber permitido que otros exageren la cuestión. Kruschef, que combatió el culto de la personalidad a Stalin, ¿ha caído él mismo en el error?

RETROCEDAMOS diez años, once años. Una tarde de fines de febrero, en una casa de campo —una «dacha»— próxima a Moscú, Stalin recibía a algunos de sus más próximos colaboradores. Era un día de descanso. «Stalin se encontraba en plena forma. Era una tarde alegre, y pasamos un buen rato.» Escribe uno de los invitados: Kruschef. Pero unos días más tarde, el 5 de marzo de 1953, Stalin moría repentinamente, dejando en pleno estupor al mundo. Los invitados de la «dacha» se encontraban con el problema de gobernar a Rusia sin Stalin. Todos comprendieron rápidamente que sin Stalin había algo que no podía sobrevivir: el stalinismo. Todos menos uno, Beria, que no sobreviviría mucho tiempo a su maestro. Se trataba de que el cambio de modos, de sistema, el regreso al comunismo, se hiciera sin grave daño. De todos los dirigentes, el que menos asociado estaba a Stalin era Kruschef, y quizá el que tenía mayor experiencia de mando. Al mismo tiempo parecía dispuesto a no convertirse en dictador, a seguir la dirección colegial. Kruschef fue nombrado secretario general del partido, compartiendo el poder con Malenkov, presidente del Consejo. Kruschef comienza así una lenta ascensión al poder supremo, que va a costarle cinco años: tiene que eliminar a Malenkov, permitir el acceso de Bulganin, luchar después contra el «grupo antipartido» formado por Malenkov, Molotov, Kaganovitch y Chepilov; tiene que hacer desaparecer de la escena política al mariscal Zukov... Poco a poco la vieja guardia que le había elegido, que le había creído fácil de manejar, va desapareciendo de la escena política. Al mismo tiempo va borrando el mito de Stalin y las huellas de su poder: la policía política se repliega a funciones más modestas; los campos de concentración, desaparecen; una nueva libertad va apareciendo en las artes y las letras. Kruschef lanza la destalinización en febrero de 1956: es el famoso XX Congreso —el sábado pasado la «Pravda» anunciaba la fidelidad al XX Congreso— y el informe secreto acerca de los crímenes de Stalin. Finalmente, en 1958, Kruschef alcanza el poder máximo: secretario general del partido y presidente del Consejo de Ministros. Su propio plan quinquenal está realizado. Al mismo tiempo, Kruschef aparece como el creador de la destalinización, en la que ha conseguido grandes éxitos. El nivel de vida del pueblo soviético se ha elevado, la descentralización económica se está consiguiendo. Le



Hubo una breve época en la que coincidieron los campeones de la coexistencia pacífica: un aldeano italiano, que llegaría al Papado con el nombre de Juan XXIII; un joven multimillonario católico de Boston, llamado John Kennedy, y el hijo de unos campesinos de Kalinovka, Nikita Sergueievich Kruschef.



falta una cosa: la paz mundial. El mundo está en plena guerra fría, y el «deshielo» —como llama Ilya Ehreburg a la nueva situación— no ha alcanzado a los Estados Unidos, que consideran aún como una trampa, con notoria desconfianza —muchos americanos, véase Goldwater, siguen aún sin comprender nada de lo que está ocurriendo desde entonces—, la «coexistencia pacífica» lanzada desde la URSS —la tesis de la coexistencia pacífica es de Lenin; Stalin no la desmintió nunca, aunque no llegase a practicarla—. Hace entonces su viaje a los Estados Unidos para entrevistarse con Eisenhower, y nace el «Espíritu de Camp David»: el primer jalón de una serie, que ya no va a interrumpirse, de actos de aproximación entre la URSS y los Estados Unidos. Pero no pasa un mes sin que el gusano entre en la manzana del éxito. La entrevista de Camp David se produce en septiembre de 1959; en el mes de octubre se entrevista con Mao-Tse-Tung en Pekín y Mao le explica lisa y llanamente que no está de acuerdo con la coexistencia pacífica. Desde entonces está Kruschef herido de muerte. La revuelta de Hungría en 1956 había dañado menos a Kruschef que la separación de China. La revuelta de Hungría pudo ser provocada como consecuencia de un retraso en la destalinización: el daño podía saldarse en relativamente poco tiempo. La disputa con China iba a herir la entraña del comunismo. Probablemente Kruschef no advertía entonces la profundidad de la disensión y hasta qué punto iba a ser grave para las conciencias de los militantes comunistas del mundo el debate ideológico.

Kruschef tenía en sus manos balances favorables de la destalinización. En los diez primeros años de la URSS sin Stalin, la producción de acero había ascendido de 35 millones de toneladas a 76 millones: la de carbón pasaba de 300 a 500 millones de toneladas; el petróleo había multiplicado la producción por cuatro; la energía eléctrica, por tres. La URSS se había convertido en una potencia atómica real, y sus consecuciones científicas y espaciales habían comenzado después de Stalin —y no han cesado aún—. Sin embargo, no todo era favorable. Probablemente, Kruschef no ha dedicado a ninguna rama de la producción tanto interés como a la agricultura, y la agricultura ha fallado. Su campaña de las «Tierras Virgenes» ha producido menos de lo que se esperaba. Kruschef no pudo cumplir su promesa de «un huevo diario» para cada ciudadano, ni tampoco consiguió retener los precios. Sus esfuerzos para conseguir nuevas técnicas en la agricultura colectivizada fueron inútiles. El año pasado —últimas cifras de que dispongo— aún tenía que dedicarse a la agricultura el 45 por ciento de la población activa, mientras que en los Estados Unidos una quinta parte de obreros consiguen una producción dos veces mayor. Esta obsesión de la agricultura ha llevado a Kruschef en los últimos tiempos a ensalzar los sistemas capitalistas, a elogiar el beneficio privado sobre la colectivización. Quería ganar en ese campo, quería ser el primer agricultor del mundo. A toda costa.

Probablemente, los reproches que le han hecho ahora en el Pleno del Comité Central; probablemente, las acusaciones de la «Pravda» reflejan las últimas obsesiones de Kruschef: conseguir su éxito de paz mundial aun a costa de la unidad del comunismo, conseguir su triunfo en la agricultura aun a base de romper las líneas económicas del marxismo leninismo.

SIN embargo, es difícil considerar a los acusadores y a los continuadores de Kruschef como libres de pecado en los errores cometidos. Suslov ha dirigido la campaña ideológica frente a los chinos. Ha redactado los grandes manifiestos ideológicos del Comité Central. Breznev, el hombre de espesas cejas y abierta risa, ha luchado junto a Kruschef en la campaña agrícola: durante los dos primeros años de la campaña de las «Tierras Virgenes», Breznev permaneció en Kazajstan, realizando las consignas de Kruschef. Kosyguin, presidente del Consejo, ha dedicado hasta ahora toda su actividad a los problemas económicos y era conocido por su fidelidad a los enunciados de Kruschef... Esto hace creer a muchos observadores que lo malo de Kruschef no era su política, sino sus métodos. Su «cabeza alocada», sus «conclusiones pueriles», sus «decisiones apresuradas»...

EL mundo ha despedido a Kruschef con cierto pesar. «Quedará en la Historia como un gran campeón de la paz y de la amistad entre las naciones», escribe el «Patriota», de Nueva Delhi; «Personifica el esfuerzo del pueblo soviético para sobrepasar la fase de terrorismo político creada por el stalinismo» («La Stampa», Italia); «Su política parecía identificarse con la causa del mantenimiento de la paz» («Le Peuple», Bélgica); «Había usado de su poder con prudencia, y ésa es su gran obra. Por esta razón el mundo entero le debe agradecimiento» («Daily Mail», conservador, Londres).

Pero la realidad es que esta figura que se desvanece en el otoño moscovita no podrá ser juzgada hasta que la historia de este tiempo se serene.

J. A.

EL MUTIS DE KRUSCHEF



Bienvenida en Moscú a los cosmonautas. Kruschef levanta a modo de saludo los brazos de Valentina Terechkowa —la primera mujer espacial— y de Valery Bykovsky, en la tribuna del Mausoleo de la Plaza Roja dedicado a Lenin.



Tito había sido condenado por la Kominform en la época de Stalin. Una de las primeras medidas adoptadas por Kruschef cuando el deshielo comenzó fue la de la reconciliación con la Liga Yugoslava. Kruschef viajó a Belgrado.



Kruschef y Nasser. La Unión Soviética, por iniciativa de Nikita Kruschef, respaldó financieramente una empresa cuyo éxito alcanzaría extraordinaria repercusión en los países del «Tercer Mundo»: la presa egipcia de Assuan.